

BEZAS - RUTA DEL AGUA

VIEJAS ESTRUCTURAS, NUEVAS ILUSIONES

Nº 12



JULIÁN SÁNCHEZ VILLALBA

Puente del Paso, Bezas



Embocadura de la canalización. Foto J. Sánchez. 1999.

Viejas estructuras, nuevas ilusiones

Queda expresamente prohibida la copia total o parcial de este trabajo, sea cual sea el medio o procedimiento, si se carece de autorización por escrito del autor, que deberá llevar firma de su puño y letra.

Fotografía de portada: *Fuente Buena. Zona recreativa. Origen del río*
Julián Sánchez, Verano 2011.

© Julián Sánchez Villalba

© Fotografías: El autor

IMPRESO EN ESPAÑA - Febrero 2012

Viejas estructuras, nuevas ilusiones

Cariñosamente le llamamos regajo, arroyo de poco caudal, excepción de años de abundantes lluvias y nieves, cuando los torrentes, como consecuencia de grandes tormentas o deshielos, se desbordan y llegan a perturbar el sosiego de las gentes de Bezas. Años hubo que se pasó mucho miedo en el pueblo, al quedar inundadas la plaza y la calle de Abajo, teniendo que sacar los animales domésticos por el tramo de escaleras hasta la calle de Medio, con muchos esfuerzos y susto. A raíz de esas grandes avenidas, el Ayuntamiento tomó la decisión de levantar algo la plaza, edificar un sólido muro de piedra de Rodeno; salvó así calles y esos primeros huertos, si bien todavía se dieron tremendos sustos y destrucciones hasta las mismas ramblas, un par de kilómetros río abajo; sin embargo los vecinos se han sentido mucho más aliviados.

Un humildísimo río, pues, que en la actualidad en contadas ocasiones lleva agua en su cauce, más allá del trozo de Las Tajadas, presa del molino y el cauce urbano del pueblo. Desde su nacimiento, apenas localizable, en Dornaque, hasta que abandona el pueblo, unos cinco kilómetros, el agua es muy discontinua; malamente se pueden regar unos huertecillos que mantienen con vida unos jubilados nostálgicos, no totalmente liberados de la vigilancia de los agentes que, periódicamente, según se dice, les manda la confederación hidrográfica a que corresponde la zona.

En aquellos años..., cuando funcionaba el molino; cuando el agua se precipitaba desde la gran presa, acequia abajo hasta el cubo, después de su primer trabajo de la molienda, se lanzaba impetuosa por el cauce del río. Durante la balsada se regaban un montón de huertos, pasaba por Las Ramblas, Los Puntalicos y con frecuencia, en épocas de abundantes lluvias, el agua llegaba hasta su desembocadura en el Guadalaviar, unos 20 kilómetros.

* * *

El nacimiento de nuestro pequeño y simpático río, no es fácil de localizar, allá en Dornaque, por las inmediaciones de Fuente Buena. Precisamente por el estrecho de Fuente Buena, masía de Valterra, hay humedales y pequeños afloramientos, que de forma muy irregular alimentan el río; pero todavía no ha llegado el “reventamiento”, fortuito o provocado, de la corteza terrestre, en este lugar, que salga el borbotón necesario, que por su propio peso dignificará este río y los hermosísimos lugares que atraviesa su cauce.

Pero las ramificaciones de los barrancos, por esta zona, son abundantes, y en el comienzo de algunos, el Ojuelo, por ejemplo, en las Fraguas, aflora la rica agua que se bebe en Bezas, –en buena hora canalizada– llevada al pueblo por una tubería de cinco kilómetros. Al agua que aquí aflora de forma natural, bien podría aplicársele el honor como la que da lugar al verdadero nacimiento del río; pero antes se sumergía en el subsuelo del barranco, para ir apareciendo al acercarse a las Carboneras, ubérrimas huertas, que fueron, de tres familias de Bezas. Por el canalillo de Fuente Buena, de vez en cuando, también hay aportes de agua, que a su vez regaban la amplia huerta de la Casa Forestal, (hoy Centro de Interpretación) ocupada habitualmente –entonces– por los forestales, siendo además elegante morada de ingenieros de montes, que allí pasaban sus veraneos.

Desde las Carboneras el río ya se mantiene con agua perpetua, abundaba la fauna acuática, barbos, cangrejos y ranas, que los chicos sobre todo –ocasionalmente también los mayores– pescaban de manera rudimentaria pero muy eficaz, si bien no resistirían los tiquismiquis de los actuales “guardianes de la naturaleza” que entonces jamás produjo “esos efectos tan negativos” que preconizan ahora; los inviernos eran larguísimos, el agua muy abundante y la fauna acuática se regeneraba sin problemas. En este tramo del río, de Dornaque hasta el viejo molino, durante las explotaciones de mineral de hierro, se construyeron en el cauce varias pequeñas presas para conducir el agua, por caída libre, hasta los lavaderos de la Mina Sarita, presas perfectamente integradas en

la naturaleza, que pese al tiempo transcurrido en desuso, y con algún remiendo que les han hecho, y algunos más que pueden hacerles, pueden prestar un interesante servicio al turismo.

Pero a decir verdad, el pobre río nuestro, el recordadísimo “Regajo”, sufrió un terrible deterioro desde los lavaderos de Mina Sarita, por todo el cauce urbano, hasta más abajo de Las Ramblas, pues las balsas de decantación de lodos no eran lo suficientemente eficaces, dejaban escapar arenas que llenaron el cauce y mataron la fauna (solo quedaron ranas). Podría calificarse aquella época como una “pequeña locura”, o como mínimo una incipiente industria extractiva que, –al contrario de la resinera– dejó poco valor añadido en el pueblo, aunque sí dinero y gran movimiento, de mano de obra, porque el día siguiente de su clausura, comenzó la gran emigración.



Minas de Bezas, lavaderos y tolva de carga, laboratorios y almacenes. Foto J. Sánchez. 1993.

* * *

Tanto las antiquísimas civilizaciones que por aquí vivieron, como las más recientes explotaciones resineras, mineras y madereras en general, dejaron su propia impronta, susceptibles de encontrarles aplicaciones que puedan servir, para el turismo por ejemplo. Lo podemos ver en las más antiguas, huellas cuasi veneradas al presente y que algunos beneficios se obtienen. Las explotaciones mineras dejaron enormes cicatrices, y algunas infraestructuras todavía muy aprovechables y que pueden recuperarse para los nuevos usos que se demandan. Las explotaciones resineras, que duraron muchos años, dejaron, además de mucho dinero, un gran número de viviendas a pie del trabajo, que, unido a todo lo anterior –de haber sido respetadas– constituirían, sin duda, un estimable patrimonio histórico, cultural y utilizable.

* * *

Hemos pasado unos magníficos cañones y bellos paisajes, Las Tajadas, sus muchos cerrados de secano, su media docena de huertos de regadío; sus parideras a pie de río, cobijo y abrevadero de ganado cabrío y lanar, a donde, sin duda alguna, bajaban los “hombres de Las Tajadas” a refocilarse en aquellas aguas, que les aportaban productos para enriquecer la dieta.

No es fácil olvidar los recuerdos. El trayecto hasta el pueblo río abajo, se hacía ameno; aquellas pozas llenas de esquivos barbos tan difíciles de atrapar; todo ha quedado cubierto por los arrastres de las grandes tormentas, y desde la misma cueva abrigo Arroyo I, del gran toro rojo, hasta la misma presa del molino, un gran carrizal por el que apenas se puede andar, lo que antes fue una hermosa pradera, luego alameda y en la actualidad un lugar salvaje, como gusta a los ecologistas; y al final el muro de la presa, que puntualmente nos obsequia con una hermosa cascada de agua.



Cascada de agua, presa Balsa del Molino. Foto J. Sánchez. Villalba, 2005.

Panegírico a un molino de harina

Pocos serán los molinos que quedan en pie y que aún contengan intacta su maquinaria y utillaje diverso de la molienda, aunque los mismos sean del más rudimentario arcaísmo y simplicidad y precisamente por eso. Pocos se podrán contar intactos y dispuestos a entrar en servicio, de entre el gran número que existían desparramados a lo largo y ancho de nuestra dilatada geografía provincial y regional.

No solamente el modernismo, las nuevas tecnologías de los tiempos, se llevaron consigo recuerdos e ilusiones, costumbres, intimidades, que tantas nostalgias han creado; también esta enorme y variopinta muestra del desarrollo pasado. La desidia, la pereza, la incultura, el desapego

a las cosas propias; hasta la mofa y el escarnio de que han hecho gala tantos propietarios, fomentando la rémora hacia la cultura y el cariño de lo propio. Y sobre todo, unos administradores y responsables directos de la custodia de ese legado cultural que tanto ama el pueblo. Torpes y miopes, que han arruinado todo vestigio subyacente de generaciones pasadas, donde poder contemplar para gozo de los ojos y el espíritu toda esa obra ingente, muestra del enorme tesón y cariño puesto para crear un poco de riqueza allá donde era necesaria. Sí, porque también esos viejos molinos harineros constituían entonces riqueza y desarrollo.

Cuesta creer hoy en día, cuando se contemplan esos vetustos molinos harineros, que de por sí solos pudieran constituir el eslabón principal y signo indiscutible de distribución y regulación de una parte importantísima de la riqueza de un pueblo. Porque no solamente el molinero, a menudo con numerosa prole a sus espaldas, vivía o se ayudaba a vivir de lo que daba su viejo molino, su radida maquila, sino que, cuando soltaba el agua que movería la muela para convertir los granos en cálida harina, una verdadera legión de vecinos, río abajo, remansando el agua montaraz en los no menos rústicos azudes, se afanaba en regar sus diminutos huertecillos, que habrían de hacer gozosa realidad los frutos que tanto necesitaban para llevar su penosa existencia.

* * *

Es un molino humildísimo, como todo lo de por allí. Poco fantasioso, nada arrogante de su vital función de otrora tiempos pasados, nada de arte en sus muros. Paredes todo cariño con los productos de allí mismo, del propio entorno. Rústica mampostería que hábiles manos del abuelo levantaron a ratos perdidos. Forma y norma de arquitectura valiosa y bella dentro de su gran rusticidad, arquetipo de una cultura ya fenecida. Se mantiene enhiesto como siempre lo estuvo, allá en la hondonada de un paraje por lo más bello y agreste, envuelto en chopos.

A un kilómetro escaso del pueblo, aguas arriba. Allá abajo, que apenas se le ve. Tapado por los chopos, que parece crecen más rápidamente

cuando se les corta, como queriendo envolverlo cariñosamente para que no pueda ser fácilmente visto y ultrajado por la barbarie humana, que de vez en cuando transita por esa carretera que lo tiene cercado.

Molino harinero de mi pueblo. Joya humildísima, pero joya. Esencia pura. Testimonio aún viviente de una cultura vieja que allí existió, que interesa conservar.

Contaba este molino con enorme balsa en el mismo límite del Rodeño en una bellísima garganta. Una gran presa en el fondo del riachuelo retenía las aguas pocas que nacen en el encantador valle de Dornaque, recrecida a manera que la misma iba anegándose de arrastres orgánicos, maderos, gravas, semifosilizados hoy en sus resechos fondos.

Y a unos doscientos metros de la presa, aguas abajo, por una acequia entre pinos y huertos del mismo molinero, recibía el agua en su bonito cubo hasta rebosar. Mientras, el molinero aguardaba la señal al pie mismo de la muela para tirar fuerte de la horquilla que abriría la diminuta compuerta para que el agua saliera y pusiera en marcha esa gran muela de piedra de rodeneo, también de allí mismo, entre algún que otro chisporroteo y el clásico olor a chamuscado. El molino se ponía así a faenar.

El agua, cumplida su primera misión, salía veloz río abajo, al encuentro del primer azud del Puente del Molino, de allí cerca, que rebasaba impetuosa, mientras se anegaban los primeros huertos. Y enseguida el azud siguiente, que regaba los huertos de Las Suertes y en un santiamén se presentaba a los yuxtapuestos azudes de Las Suertes y al del Puente Viejo, que entre ambos regaban casi la mitad de los huertos del pueblo. Ya más mansa y domada, llegaba el agua al azud de la Plaza, junto a las mismas casas, para regar los huertos de Las Trancas y las últimas cerradas del lado izquierdo. Y a continuación, ya muy menguada, el agua llegaba al azud de Las Cerradas, para regar los huertos del Almagrero. Y luego el azud del Almagrero, que regaba los grandes cerrados del lado izquierdo, propiedad de la familia del molinero. Y por último aún llegaba agua al azud de Peña Caída, para regar los últimos huertos del



Molino de Bezas. Foto J. Sánchez. 1993.

lado izquierdo del cauce del regajo. A partir de ahí ya casi nada y recibe el infravalorado nombre de Las Ramblas, más abajo se le conoce con el nombre de Rambla de Bezas

* * *

Todo un encantador sistema hidráulico, rudimentario y simple, conocidísimo en el medio rural, que en mi pueblo funcionaba gracias sobre todo al viejo molino; que gracias al viejo molino ayudaba a mantener allí la vida.

Para tener una idea aproximada de la importancia y contribución que el molino aportaba a la economía general del pueblo, basta conocer que cuando la balsa estaba llena, se podía moler durante toda una mañana una buena cantidad de talegas de cebada o centeno, casi de todos los



Equipamiento interior del molino de Bezas. Foto J. Sánchez. 2011.

vecinos y que la balsada que producía la molienda era suficiente para regar la media docena de hectáreas de huertos a lo largo del cauce del río y la sobrante aún solía rebasar con mucha frecuencia los confines de Peña Roya, camino ya del cercano encuentro con el río serrano por excelencia, en lugar donde todavía conserva el sugerente y virginal nombre de pila de Guadalaviar, mucho antes de prostituirse y bastardearse tomando el nombre de Turia.

* * *

El viejo molino fue algo muy nuestro. Entroncado sólidamente como estaba en la vida económica y cultural del pueblo. Cuando molía mucho, porque había agua y grano abundante, signo de riqueza en el sistema rural productivo; porque regaba los huertos hasta la saciedad y las pequeñas

cosechas, todo algo en miniatura, que nos daban la sensación de ser algo menos pobres. Cuando molía poco, porque el agua o el grano eran escasos, que el molinero, dueño del molino y casi dueño y señor del agua que recogía su balsa, se resistía a soltarla y los huertos se agostaban; porque nos daba la sensación de ser un poco más pobres.

Pero la balsada siempre era recibida con entusiasmo y alegría, y gustaba sobre todo ver cómo las mujeres llenaban los huertos con su presencia y sus voces, con su satisfacción, o con sus rabias, recriminaciones y gritos, cuando se robaban el agua de una a otra por prioridad de paso, que no por derecho. Una algarabía encantadora.

Se extasía uno recordando estas cosas del pueblo querido. Se sabe con certeza que serán leídas por muchos paisanos con cariño, sobre todo por los que fueron testigos protagonistas; por lo que significó para todos esa época de ayer, que casi hoy tocamos.

* * *

Hay una anécdota pintoresca y curiosa, que me contó el actualmente propietario del molino de Bezas, que yo desconocía y que le prometí sería contada.

Después de decirme que el viejo molino está todavía intacto, como cuando molía y que tan solo le hace falta agua para echar a andar y volver a la faena, un sueño que será muy difícil de realizar, me dijo.

En los tiempos de nuestros bisabuelos, el molinero vivía en Bezas, pero también llevaba el molino de Valdecuencia, hoy totalmente desaparecido, que era de escasos recursos hídricos y que no contaba con la infraestructura, aunque rudimentaria, con que contaba el de Bezas.

Al no existir la actual carretera, entre ambos pueblos, distantes unos doce kilómetros, solo había viejos caminos o veredas de trashumancia, que ponían en comunicación la Sierra alta con las estribaciones de los Montes Universales.

Tenía el molinero, una pequeña perra sin casta alguna, pero muy dócil y amaestrada de tal forma, que se servía de ella para enviar los mensajes de pueblo a pueblo. Esta perra vivía habitualmente en Bezas, pero conocía a la perfección los caminos y atajos para ir a Valdecuencia y viceversa, que le permitían hacer el trayecto en el menor tiempo posible, evitando a la vez encuentros desagradables y así siempre llegaban los mensajes a su destino, prendidos de su cuello en una bolsita de cuero.

Así pues, cuando el molinero presentía que la balsa del molino de Valdecuencia estaba llena, enviaba a su perra mensajera, que retornaría a Bezas ese mismo día o tan pronto como la necesidad lo demandase, para que el molinero se pusiese en camino. Una eficaz manera de aprovechar el tiempo, siempre tan necesario para la multitud de trabajos que se amontonaban y cuando solamente se contaba con las propias piernas para salvar los trayectos y no perder el tiempo en viajes infructuosos.

* * *

Viejo molino de Bezas. Antigua reliquia agazapada y durmiente en unos entornos bellos en pleno Rodeno, solar de generaciones ya extinguidas, y ya hasta casi fenecidas las más recientes en el tiempo. Mención especial para la hermosa y querida balsa, hoy casi completamente cegada, donde el agua, abundante entonces, lo mismo servía para moler, y a la vez alegraba el paisaje con su imponente cascada, que para que nos diésemos en ella largos chapuzones, mientras nos sentíamos gratamente observados en nuestra tierna y vigorosa desnudez de adolescentes.

Nunca es tarde, siempre se puede llegar a tiempo de salvar lo poco que aún queda; aunque solo sea en homenaje y recuerdo a generaciones que lo dieron todo; murieron y vivieron en entornos tan hostiles, que hoy, dicen, son tan bellos.

GR-10

Rendimos viaje de esta interesante ruta del agua aquí en el mismo pueblo, cruce de caminos y solaz del excursionista para el cuerpo y el espíritu.

Este gran sendero GR-10 te conducirá, si lo sigues, a lugares encantadores, los verdaderos momunmentos de Bezas, su maravilloso Rodeno, sus centenarias sabinas, su bucólica Laguna con sus grandes prados, llena de vida, sus majadas y corralizas pastoriles ya desde tiempo inmemorial.

Desde aquí, desde este cruce de caminos ya no te pierdes. Date una vuelta por el pueblo, y olvídate de las fachadas, de los escudos y los fastuosos aleros, aquí sólo encontrarás luminosidad y paz; eleva un poco la vista, contempla esos montes que casi los tocas, es el prelude de lo que aún te falta por ver.



Marquesina del GR-10, itinerario Javalambre sierras de Albarracín, fondo del riachuelo, buertos en puente del Paso. Foto J. Sánchez. 2008.

Bezas (Teruel)



Estela en abrigo natural del Rodeno de Bezas. Grabación de un militar en el año 1937.

Foto J. Sánchez. Septiembre 2004.



BEZAS
PURO RODENO